



DÍA CON DÍA
Héctor
Aguilar
Camín

Historia particular de la infamia

El tamaño del infierno se resiste a la descripción. Su intimidad se revela mejor, a veces, en alguna historia lateral.

He encontrado una de esas historias al pasar de un libro sobre los últimos días apocalípticos de Hitler. El libro es el informe que la NKVD hizo para Stalin a partir de los interrogatorios de Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y de Heinz Linge, su ayuda de cámara, ambos capturados por el Ejército Rojo durante la ocupación de Berlín. (Tusquets, 2008)

La historia es la del médico personal de Hitler, Theodor Morell, que inyectó estimulantes y dispensó raciones de opio a su führer hasta volverlo adicto.

A cambio de sus alivios y su cercanía, Morell obtuvo de Hitler distinciones académicas, la insignia de oro del partido nazi, la cruz de caballero del Tercer Reich y una fortuna.

Médico venéreo de un barrio elegante de Berlín, Morell era el charlatán inventor de una sustancia de legendarios poderes vigorizantes: poco más que un compuesto de cafeína.

Su seducción del führer nació de los chismes íntimos que Morell prodigaba sobre la gente rica que acudía a su consultorio.

Valido del favor del führer, Morell construyó un imperio comercial con la venta de sus dudosas sustancias curativas. Durante la guerra compró fábricas en Hamburgo y en Olmutz (Checoslovaquia) para expandir

su negocio.

Vendió al ejército alemán un ungüento de su invención contra piojos, que olía a rayos y no mataba los piojos.

Hizo fortunas. Era dueño de una mansión de lujo en las orillas del lago Wansee de Berlín y de otra en el balneario báltico de Heringsdorf.

En 1944 discurrió que inventaría un explosivo para aniquilar al Ejército Rojo. El führer le adjudicó uno de los tres microscopios electrónicos que había en Alemania, ocupados

entonces en investigaciones nucleares.

En los últimos días de abril de 1945, cuando la ocupación soviética de Berlín se cerraba sobre el búnker de Hitler, Theodor Morell pidió una entrevista urgente con su führer.

Apenas lo tuvo enfrente se deshizo en lágrimas, dijo que había sufrido dos infartos en los últimos días y que no podía más: "¡Por favor, por favor, deje que me vaya!"

El ayuda de cámara Linge, que había introducido a Moller al despacho, cerró la puerta con repugnancia.

Moller salió radiante minutos después. Había obtenido la autorización del führer para salir por avión de Berlín.

Y salió.

Coda: A propósito: Nadie dice: "Puedo pilotear un avión". Pero cualquiera dice: "Puedo gobernar a mis conciudadanos" ■■M

acamin@milenio.com

